

tes cualidades de este príncipe; que á un mismo tiempo fué la gloria del imperio y de la religion. Temistio no duda colocarle sobre los mayores hombres de la antigüedad. Sózimo es el único que se atreve á manchar su memoria; pero se echan de ver en la inverosimilitud de las imputaciones que la hace, los indicios evidentes del ódio ciego y fanático contra el destructor de los ídolos.

Desde la muerte de Teodosio hasta que los codos se apoderaron de Roma. Desde el año de 395 á 410. Arcadio reinó en Oriente, y Honorio en Occidente. El imperio se dividió entre los dos príncipes: Arcadio reinó en Oriente, y el Occidente tocó á Honorio. Los nuevos emperadores, ó por mejor decir, los dos personages que gobernaban en su nombre, se dedicaron á seguir el ejemplo de Teodosio, é imitaron su celo religioso. Las leyes en favor de la Iglesia y contra la idolatría, fueron confirmadas por otras publicadas sucesivamente en el mismo sentido. Desde el primer año de su reinado, Arcadio promulgó muchas en Oriente, que en los siguientes fueron ratificadas, prohibiendo las asambleas de los hereges. Renová tambien la proscripción de los sacrificios y de las otras ceremonias paganas, y cuatro años mas adelante, por ley de 13 de Julio del 399, mandó derribar los templos en despoblado, recomendando solamente que se usase de prudencia para no excitar conmociones, porque en algunas provincias existian aún bastantes idolátras en las aldeas. Produjeron estas medidas los mas felices efectos: muchos paganos abandonaron sus errores, y multitud de hereges volvieron al gremio de la Iglesia católica, sobre todo de los sectarios de Arrio, á quienes sus perpetuas divisiones hacian al cabo abrir los ojos.

En el Occidente parecia que las circunstancias requerian más miramientos. Al morir Teodosio, recomendó á Stilicon que publicase una amnistía general en favor de los partidarios de Eugenio, cuyo ejército, á pesar de su derrota, podia causar todavía serias inquietudes. Apresuróse Stilicon á cumplir los deseos del difunto emperador, y con este objeto se publicaron tres leyes el año 395 con algunos meses de intermedio. Pero despues de esta medida de prudencia, se dedicó á restablecer en su vigor la legislación existente en favor de la religion. En el mismo año publicó una ley para mantener y hacer respetar los privilegios concedidos á las iglesias; otra en el de 397 para el mismo fin; últimamente, otra al año siguiente mandando á los magistrados de las ciudades, y á los oficiales del ejército, que denunciasen á los gobernadores de las provincias todos los atentados contra los lugares sagrados ó contra personas eclesiásticas, con órden á los gobernadores para castigar con la última pena á los culpados, sin esperar las quejas de los obispos.



LIBRO XI.

Desde la muerte de Teodosio hasta que los codos se apoderaron de Roma. Desde el año de 395 á 410. Arcadio reinó en Oriente, y Honorio en Occidente.

Los hijos de Teodosio: Arcadio, de cerca de diez y ocho años de edad, y Honorio, que no tenia mas que diez: el primero quedaba bajo la direccion de Rufino, prefecto del pretorio, y el otro bajo la tutela del conde Stilicon, con quien habia casado el emperador á una sobrina suya. El imperio se dividió entre los dos príncipes: Arcadio reinó en Oriente, y el Occidente tocó á Honorio. Los nuevos emperadores, ó por mejor decir, los dos personages que gobernaban en su nombre, se dedicaron á seguir el ejemplo de Teodosio, é imitaron su celo religioso. Las leyes en favor de la Iglesia y contra la idolatría, fueron confirmadas por otras publicadas sucesivamente en el mismo sentido. Desde el primer año de su reinado, Arcadio promulgó muchas en Oriente, que en los siguientes fueron ratificadas, prohibiendo las asambleas de los hereges. Renová tambien la proscripción de los sacrificios y de las otras ceremonias paganas, y cuatro años mas adelante, por ley de 13 de Julio del 399, mandó derribar los templos en despoblado, recomendando solamente que se usase de prudencia para no excitar conmociones, porque en algunas provincias existian aún bastantes idolátras en las aldeas. Produjeron estas medidas los mas felices efectos: muchos paganos abandonaron sus errores, y multitud de hereges volvieron al gremio de la Iglesia católica, sobre todo de los sectarios de Arrio, á quienes sus perpetuas divisiones hacian al cabo abrir los ojos.

En el Occidente parecia que las circunstancias requerian más miramientos. Al morir Teodosio, recomendó á Stilicon que publicase una amnistía general en favor de los partidarios de Eugenio, cuyo ejército, á pesar de su derrota, podia causar todavía serias inquietudes. Apresuróse Stilicon á cumplir los deseos del difunto emperador, y con este objeto se publicaron tres leyes el año 395 con algunos meses de intermedio. Pero despues de esta medida de prudencia, se dedicó á restablecer en su vigor la legislación existente en favor de la religion. En el mismo año publicó una ley para mantener y hacer respetar los privilegios concedidos á las iglesias; otra en el de 397 para el mismo fin; últimamente, otra al año siguiente mandando á los magistrados de las ciudades, y á los oficiales del ejército, que denunciasen á los gobernadores de las provincias todos los atentados contra los lugares sagrados ó contra personas eclesiásticas, con órden á los gobernadores para castigar con la última pena á los culpados, sin esperar las quejas de los obispos.

Gran parte de la aristocracia romana y de los habitantes del campo mostraban todavía un obstinado apego á la idolatría, y continuaban achacando como antes á los cristianos todas las calamidades públicas, y atribuyéndolas al desprecio del culto de sus dioses. No perdian las esperanzas de que sus supersticiones volviesen muy pronto al antiguo auge, y para sostener aquellas publicaron por todo el imperio un oráculo fingido, según el cual el cristianismo fundado por los sortilegios de San Pedro para un espacio de trescientos sesenta y cinco años, debía parecer trascurrido este tiempo, y así tocaba ya á su término. Esta predicción exaló en todas partes el fanatismo de los paganos, y probablemente con esta ocasión se publicó desde los primeros años de Honorio, una ley que no ha llegado á nosotros; pero que se halla citada en las posteriores, y tenía por objeto prohibir absolutamente los sacrificios y todas las ceremonias de la idolatría. Otras tres leyes se publicaron en el año 399, para confirmar esta prohibición, permitiendo sin embargo, las fiestas y rogaciones solemnes, exentos de toda superstición pagana, y vedando igualmente, derribar los templos, ó quitar los signos del paganismo que solo servian para el adorno, como las estatuas colocadas en los baños, calles ó plazas públicas. En adelante dictaronse más leyes sobre la misma materia. El fanatismo de los idolátras proporcionó la gloria del martirio á muchos cristianos. En el año de 397 la población pagana de las montañas que lindan con la ciudad de Trento, sacrificó á tres eclesiásticos llamados Sisinio, Martirio y Alejandro. Se dedicaban á espaciar la luz del Evangelio, entre aquellos infieles, y luego que hubieron convertido cierto número de ellos, edificaron una capilla en que Sisinio, que era diácono, enseñaba la doctrina cristiana. Muchas veces habían ya sufrido injurias y vejaciones de parte de los paganos; pero un día en que éstos debian celebrar las fiestas llamadas Ambarales, cuyo objeto era pedir á sus dioses abundantes cosechas, intentaron obligar á un cristiano á que proporcionase la víctima que se habia de pasear al rededor de los campos. Opúsose á esta violencia Sisinio, y se arrojaron sobre él los paganos, hirniéndolo gravemente. Al día siguiente una turba armada se apoderó de la iglesia cristiana, y después de profanada la arrojó. Aquellos frenéticos mataron á hazazos á Sisinio, que estaba en cama de resultas de sus heridas. Habiendo descubierto á Martirio en un jardín donde se habia refugiado, le metieron en el cuerpo palos puntiagudos, y murió mientras le llevaban al altar para forzarle á que sacrificase á los ídolos. Alejandro sorprendido en su casa, fué conducido arrastrado al templo de Saturno, donde quemaron los cuerpos de sus dos compañeros; y como él se resistiese á sacrificar á aquel ídolo, fué también asesinado. Se comenzaron diligencias judiciales contra los autores de estos asesinatos; pero los cristianos alcanzaron su perdón. Las reliquias de los mártires se

enviaron á diferentes Iglesias, y entre otras á las de Brescia y de Milán, donde recobró un ciego la vista sin mas que tocar la urna que las contenia. San Vigilio, obispo de Trento, envió tambien parte de ellas al Oriente con una carta para San Juan Crisóstomo, en que le referia el martirio de aquellos eclesiásticos. Tambien él fué víctima del furor de los paganos, tres años mas adelante. Acababa de derribar una estatua de Saturno, cuando advertidos de ello los idolátras, corrieron en tumulto y le mataron á pedradas. Excesos semejantes se cometieron en otros parages. En Suflecta, colonia romana en Africa, fueron asesinados sesenta cristianos por haber roto una estatua de Hércules. Brillaban entonces con el mayor esplendor las instituciones monásticas, y personajes muy ilustres renunciaban todas las grandezas del siglo para practicar en la soledad las virtudes cristianas. De este número fué San Arsenio, diácono de la Iglesia romana, á quien habia elegido Teodosio á propuesta del Papa para encargarse de la educación de sus hijos. Era muy versado en todas las ciencias, y para darle mas autoridad sobre sus discípulos el emperador, le nombró senador. Un día que Teodosio asistia á la leccion de aquellos, vió que Arsenio les hablaba de pié estando ellos sentados; inmediatamente mandó que les quitasen las insignias de su dignidad, y dispuso que en adelante estuviera su preceptor sentado en un sillón. La afición á la soledad y la indocilidad de Arcadio, disgustaron al cabo á Arsenio de este empleo. Creyó que debía imponer al príncipe un castigo humillante por una falta de consideracion, y fué tan violento el desprecio de Arcadio, que resolvió la muerte de su preceptor. No tardó en saberlo este, y puesto en oracion para conocer la voluntad de Dios, creyó oír una voz que le decia: "Huye del estrépito del mundo, y te salvarás." En consecuencia de este aviso, se embarcó con el mayor sigilo para Egipto, y se retiró al desierto de Scete, donde abrazó la vida monástica. Tenia entonces unos cuarenta años. Teodosio, que apreciaba su mérito, le hizo buscar por todas partes, pero no descubrió su paradero. Sabiendo Arcadio, despues de muerto su padre, que Arsenio estaba en Scete, le escribió una carta en que le pedia perdon de su falta y se encomendaba á sus oraciones. Al propio tiempo le ofrecia los tributos del Egipto para que los distribuyese entre los pobres y los monasterios; pero el santo no admitió esta oferta, y envió á decir al emperador: "Quiera Dios perdonarnos á todos nuestros pecados! Y en cuanto á la distribucion de vuestras dádivas, no puedo cumplirla, porque ya estoy muerto." Arsenio en el desierto llegó á ser muy pronto la admiracion de los demas solitarios, tanto por su sencillez como por el esplendor de sus virtudes. Con todo, en los primeros años conservaba aún, sin echarlo de ver, algunos hábitos que al parecer se resentian de afectacion mundana, entre otros, el de cruzar las piernas cuando es-

taba sentado. Nadie se atrevía á advertírsele por el gran respeto que le tenían: para corregirle este vicio, el abad Pastor se convino con los otros solitarios en que él tomaría aquella postura, y que sería reprendido delante de la comunidad. Arsenio recibió con humildad esta lección indirecta, y se aprovechó de ella con toda solitud. La vida de este santo solitario era un continuo ejercicio de mortificación y penitencia: llevaba los vestidos mas ordinarios: tomaba cortísimo alimento: trabajaba como el último de los monjes en hacer esteras de palma; y tenía un pafnelo en el pecho para enjugarse las lágrimas de compuncion que vertian continuamente sus ojos. No mudaba mas que una vez al año el agua en que humedecía las hojas que tejía, contentándose con añadirla de cuando en cuando, y sóportaba aquel olor infecto que despedía, para castigar el sentido del olfato, en pena de haber usado en el mundo de aromas y perfumes. Oraba de día y de noche, y á su pesar dormía unos instantes al rayar el alba: á veces pasaba noches enteras sin dormir. A lo menos todos los sábados se ponía en oracion á la caída de la tarde mirando al Oriente y con las manos levantadas hácia el cielo, y permanecía en esta postura hasta salir el sol: se habia reducido á tal estado de pobreza, que cuando cayó enfermo, hubo que darle de limosna una camisa. Habiendo recibido de allí á algun tiempo el testamento de un senador pariente suyo que le dejaba bienes considerables, se obstinó en no aceptar nada. Un día que se hallaba acometido de una grave enfermedad, le llevaron á la iglesia como era costumbre, y le echaron en un lecho de pieles con una almohada para apoyar la cabeza. Un solitario que fué á visitarle, quedó escandalizado; pero el sacerdote que le asistía, le hizo conocer que aquel ligero alivio era todavía una penitencia austera para Arsenio; acostumbrado á las delicias de los palacios imperiales; al paso que el monje murmurador tenía una vida menos dura en su celda que en el mundo, donde se habia criado con trabajos y privaciones. Confuso el solitario se arrodilló y reconoció su falta diciendo: "Padre mio, perdonadme, he pecado juzgando temerariamente á quien marcha por los caminos de la humildad y la virtud."

En lo que mas se distinguió San Arsenio, fué en el amor al retiro. Su celda estaba muy distante de las otras, y no salía de ella sino para ir á la iglesia, donde se colocaba detras de un pilar para no ver ni ser visto de nadie. El patriarca de Alejandría, Teófilo, se presentó un día al santo, rogándole que lo admitiese á sus piadosas pláticas. "Observareis lo que yo os aconseje?" preguntó Arsenio. El patriarca se lo ofreció. "Pues bien, replicó el santo; yo os confío para que jamas volváis á mi celda." Sin embargo; Teófilo quiso hablarle otra vez; pero antes le envió á preguntar si abriría la puerta de su celda. Arsenio le contestó: "Si venís os abriré la puerta: despues la abriré á todo el mundo, y abandonaré esta

morada." Era tan grande su humildad, que á pesar de su profundo saber, no se desdenaba de recurrir á las luces de los que parecían mas ignorantes; y como un día consultase á cierto solitario virtuoso, pero simple, respondió á otro religioso que se admiraba de ello: "Es verdad que yo he estudiado mucho mas las ciencias de los griegos y de los romanos; pero todavía no sé el abecedario de este buen viejo." Así pasó Arsenio cincuenta y cinco años en el desierto, y cuando murió tenía noventa y cinco años (1).

Habia entonces en Egipto prodigioso número de solitarios y de religiosas. Las mugeres vivian todas en comunidad; pero entre los hombres se distinguian los cenobitas, que vivian en los monasterios, y los anacoretas, que despues de amaestrados en la virtud con las prácticas de la vida cenobítica, se retiraban á una celda en el desierto para guardar mas perfecto retiro. Daban el nombre de sarabaitas á unos monjes que hacian profesion de no seguir regla ninguna, y que llevaban de ciudad en ciudad el escándalo de su disipacion y sus intrigas.

Los monjes del Egipto estaban vestidos de una túnica de lienzo, que bajaba un poco mas allá de las rodillas: las mangas no pasaban del codo. La túnica era ancha, y para ajustarla empleaban, ademas del ceñidor, una faja de lana, que bajando del cuello, se cruzaba por delante, y por ambos lados pasaba por bajo de los hombros para dejar enteramente libre el movimiento de los brazos. Tambien llevaban una capilla corta que no pasaba de la altura de los hombros, y no se la quitaban de día ni de noche: sobre la túnica llevaban, menos en las horas del trabajo, un manto tambien de lienzo que cubria el cuello y las espaldas, y encima de él una piel de cabra ó de carnero: iban descalzos, excepto en el rigor del frío, ó para resguardarse de la ardiente arena en los calores grandes del estío, y caminaban con un bordon en la mano.

En sus celdas no tenían mas muebles que una estera por cama, y un atado de hojas grandes que les servía de cabecera por la noche y de asiento por el día. Su alimento diario era pan y agua: solo los dias de fiesta añadían algunas frutas, como higos, ciruelas ó aceitunas. Hacian dos comidas; una á la hora de nona, ó á las tres, y la otra á la caída de la tarde, contentándose en cada una de ellas con un panecillo de seis onzas. Los domingos y en el tiempo de Pascua, la primera comida era á las doce. No tenían oracion en comunidad durante el día, á no ser los sábados y los domingos, que se reunian para la comunión á las nueve. Los demas dias estaban en sus celdas trabajando y orando sin cesar; pero á la caída de la tarde y por la noche se juntaban para orar; y cada vez rezaban doce salmos, añadiendo dos lecciones de la Sagrada Escritura, una del antiguo y otra del nuevo Testamento.

Despues de cada una de estas oraciones, rezaban un salmo, y un versículo de la Escritura. (1) *Kit. Ratr. lib. III.*

salmo tenían un rato de meditación de pié y con las manos extendidas: luego se postraban y se levantaban en seguida siguiendo los movimientos del que presidía los ejercicios. En la iglesia no se oía mas que una voz, la del cantor que cantaba el salmo, ó la del sacerdote que decía la oracion.

El que cantaba estaba de pié, y los demas sentados en consideracion de sus ayunos y continuo trabajo. La señal de la oracion se daba con una trompeta ó con un cuerno, y el despertador observaba las estrellas para saber la hora.

Su trabajo manual consistia en tejer esteras y cestas, y por este medio no solo proveian á todas sus necesidades sin ser gravosos á nadie, sino que se hallaban en estado de ejercer la hospitalidad y enviar limosnas abundantes á los parages estériles de la Libia y aun á las ciudades para socorro de los presos. A ningún monge le era lícito recibir nada de nadie para su manutencion, sino en ciertos casos de necesidad, en que se creia que podia dispensarse de la regla general.

Estaban diseminados los monasterios en todas las comarcas del Egipto, y muchos de ellos eran considerables. En el Egipto bajo se encontraban los del desierto de Nitria, que contenian cinco mil monges distribuidos en cincuenta casas bajo la direccion de ocho sacerdotes: á pocas leguas de distancia estaban el monasterio de Celas y el del monte Feme, que contenia quinientos monges, mas allá el de Scete, donde vivia San Arsenio; algunos otros cerca de Alejandria, otros junto á Canopo, otro en Pelusio, dirigido por San Isidoro, que se hizo célebre por el grandísimo número de cartas que escribió sobre varios asuntos dogmáticos, de moral ó de disciplina: ultimamente cerca de Arsinoe gobernaba el abad Serapion cerca de diez mil monges.

En la Tebaida alta estaban entonces tan florecientes los monasterios de la congregacion de Tabenna, que segun San Gerónimo se contaban algunas veces hasta cincuenta mil monges reunidos para celebrar la Pascua. Tenian otra reunion en el mes de Agosto para la eleccion de los superiores y oficios de los monasterios. Los monges se alojaban de tres en tres en cada celda; y estaban distribuidos en muchas casas, cada una de las cuales contenia cuarenta monges que se ocupaban en un mismo trabajo, y se distinguían de los de las otras casas por una letra del abecedario escrita en la capilla. El monasterio fundado por la hermana de San Pacomio contaba cuatrocientas religiosas. Habia otros varios de mugeres en diferentes parages, y se contaban hasta doce cerca de la ciudad de Antinópolis.

En la Tebaida baja existian aun mayor número de monasterios, y allí se hallaban los mas antiguos, los del monte Colzim y del monte Pisper, en otro tiempo habitados por San Antonio Abad. Otro habia muy célebre cerca de la ciudad de Herinópolis, donde se

creia que se refugió la santa familia cuando la degollacion de los santos inocentes. Los monges en número de quinientos comulgaban diariamente. Habian tenido mucho tiempo por abad á San Apolonio, que fué preso en el reinado de Juliano. Un San Isidoro gobernaba una comunidad de mil monges que observaban una rigurosa clausura: tenían en su recinto pozos, jardines y todo cuanto necesitaban: allí nadie entraba sino para vivir siempre: un anciano habia de portero para responder á los forasteros y ejercer la hospitalidad. Cerca de Antinópolis habia unos dos mil monges, y muchos de ellos vivian retirados en cavernas. Pero la gran maravilla de la Tebaida baja era la ciudad de Oxirinc, donde se contaban veinte mil religiosas y diez mil monges, que era mas de la mitad de los habitantes. Los edificios públicos y los templos de los idolos se habian convertido en monasterios, y aun se habian construido otros muchos en la ciudad y sus arrabales; de manera que ocupaban mas espacio que las casas particulares. Esta ciudad no contenia tampoco hereges ni paganos, sino que todos sus vecinos eran cristianos católicos y fervorosos. Los magistrados tenían en las puertas hombres encargados de descubrir á los pobres y los forasteros, y habia competencia sobre quin ejerceria con mas anhelo los deberes de la hospitalidad (1).

Con el mismo esplendor brillaban las virtudes monásticas en todo el resto del Oriente. La Mesopotamia, la Siria, la Palestina y otras provincias encerraban multitud de cenobitas ó anacoretas que se entregaban á las mayores austeridades. Pero el tamaño y naturaleza de nuestra obra no nos permiten exponer aqui los pormenores que sobre el asunto se hallan en las vidas de los Padres: lo que dejamos dicho bastará para que se comprenda cuál era entonces el fervor de la vida monástica.

Hacia ya algun tiempo que se veia multiplicarse diariamente los monasterios en las provincias del Occidente. San Martin, ademas de los que habia fundado en Poitiers y en Tours, estableció otros muchos, en diferentes parages, y su gran reputacion atrajo á

(1) La mayor parte de las circunstancias que preceden, nos han sido transmitidas por Casiano, que hizo por entonces un viaje á Egipto, y empleó siete años en visitar los monasterios de aquella provincia. Otros se encuentran en la historia Lausaca de Paladio y en el libro 2.º de las vidas de los Padres, traducido por Rufino. Tambien Paladio habia pasado muchos años en Egipto en los monasterios que habia en las inmediaciones de Alejandria, y despues en los de Nitria y de la Tebaida. Volvió luego á Palestina, y desde allí á Bitinia, donde fué ordenado obispo de Helenópolis en el año 401. Se llama Lausaca la historia que escribió de los solitarios de Egipto, porque la dedicó á un amigo suyo llamado Lauso. Estuvo íntimamente unido con San Juan Crisóstomo, cuya vida escribió. Vivió algun tiempo bajo la direccion de Evagrio, del Ponto, á quien se atribuye el 2.º tomo de las vidas de los Padres, que empieza con la de San Juan de Egipto, Evagrio habia sido discípulo de los dos Macarios en los monasterios de Scete y de Nitria.

ellos multitud de discípulos que propagaron las instituciones cenobíticas en las Galias. Este ilustre obispo llegó á una extrema vejez, sin mitigar nada sus penitencias y tareas apostólicas. Habiendo sabido que existía cierta disension en el clero del pueblo de Candé á un extremo de su diócesis, pasó allá con varios discípulos suyos para restablecer la concordia. Llegó que concilió los ánimos, se disponía para volver á su monasterio, cuando sintió repentinamente que sus fuerzas desfallecian. Al instante llamó á sus discípulos, y les anunció su próxima muerte. Todos deshaciéndose en lágrimas exclamaron: "Padre nuestro, ¿por qué nos abandonais? Los lobos carniceros van á arrojarse sobre vuestro rebaño, ¿y quién podrá defendernos despues de muerto el pastor?" Enternecióse el santo, y confundiendo sus lágrimas con las de ellos, dijo: "Señor, si todavía soy necesario á vuestro pueblo, no rehusó el trabajo: hágase vuestra voluntad." A pesar de que le devoraba una ardorosa fiebre; estaba acostado en la ceniza y con el cilicio: suplicáronle sus discípulos que al menos les permitiera poner un poco de paja debajo, pero les respondió: "Hijos, siento muy mal á un cristiano morir en otra cama que la ceniza; y yo no quisiera daros ejemplo de la molición." Como estaba orando incesantemente con los ojos y las manos levantadas al cielo, le propusieron volverle de lado un poco. "No, contestó, dejadme mirarl cielo: ese es el camino por donde mi alma ha de ir á unirse á Dios." A pocos instantes murió á la edad de mas de ochenta años, el día 8 de Noviembre del año 397; según la opinion mas probable. Los habitantes de Poitiers querian llevarse sus reliquias á causa de la mansion que habia hecho entre ellos en su primer monasterio de Liguge; mas sus diócesanos arrebataron el cuerpo por la noche y le condujeron á Tours, donde salió á recibirle un concurso inmenso de pueblo; que tanto del campo como de las ciudades inmediatas acudió para su funeral. Halláronse en él mas de dos mil monges y una multitud de vírgenes consagradas á Dios. El nombre de San Martín se habia hecho célebre en todas partes del mundo cristiano, y tuvo indecible aceptación la historia de su vida compuesta por Sulpicio Severo. Al punto se difundió por todas partes, y era leida con tanta avidez como admiracion, no solo en las Galias, sino en Italia, en Africa y hasta en los desiertos de la Tebaida y de Nitria.

Nació Sulpicio Severo en la diócesis de Agen, de una ilustre familia; al principio se presentó en el foro con mucho crédito; pero movido con el ejemplo de San Paulino, su amigo, que acababa de renunciar al mundo, resolvió imitarle, y fué á alistarse entre los discípulos de San Martín hácia el año 392. Hallábase entonces en la flor de su edad, y habiéndose instruido en la virtud bajo la direccion del santo obispo, volvió á la Aquitania, donde empleó parte de sus bienes en construir dos iglesias. Pasó el resto de su vida en el retiro, el ayuno y la oracion, ejercitándose en la piedad con

sus criados; de modo que su casa se habia convertido en una especie de monasterio. Ascendió al sacerdocio y obtuvo el cargo de servir una de las iglesias que habia edificado á su costa. No se sabe la época de su muerte. Ademas de la vida de San Martín, que publicó en vida del santo obispo, tenemos tres cartas suyas en alabanza del mismo santo y tres diálogos: en el primero describe la maravillosa vida de los monges de Oriente, y los otros dos contienen nuevos pormenores sobre las virtudes y los milagros de San Martín. Pero la obra principal de Sulpicio Severo es su Historia sagrada, dividida en dos libros, que ofrece un resumen muy bien hecho de la historia del antiguo Testamento y la de la Iglesia hasta el fin del cuarto siglo; tambien hay algunas cartas suyas, de las cuales una contiene un elogio de la virginidad. Los escritos de Sulpicio Severo son notables por la pureza y elegancia del estilo, y se dejan leer con el mayor interés; pero adolecen de algunas inexactitudes.

San Paulino, amigo de Sulpicio Severo, dió por sí un ejemplo mas patente del desprecio de las grandezas humanas. Era senador romano y descendiente de una familia patricia de las mas ilustres, aunque nacido en Aquitania, donde aquella poseia bienes cuantiosos. Su padre habia sido prefecto del pretorio de las Galias, y él llegó tambien á los puestos mas elevados y hasta al consulado. Su mérito personal igualaba á su riqueza. Tuvo por maestro de elocuencia al célebre poeta Ausonio, y fué uno de los escritores mas cultos de su siglo, tanto en prosa como en verso. Pero su probidad, su modestia, su afabilidad, la integridad de sus costumbres, contribuian aún mas que su talento y dignidades, á granjearle el aprecio y la admiracion de todos. Su muger, llamada Terasia, llevó en dote riquezas proporcionadas á las suyas, y solo les faltaban para su felicidad temporal hijos que pudiesen heredarlas. Este era hacia mucho el objeto de sus mas ardientes deseos: por fin, les nació un hijo; pero no vivió mas que ocho dias. Paulino habia conocido en Milán á San Ambrosio, en Viena (Galias) á San Martín, y en Burdeos al obispo San Delfín, que le instruyó en la fé y le bautizó hácia el año 390. El ejemplo de tan grandes santos le inspiró el deseo de renunciar al mundo para consagrarse enteramente á Dios: la pérdida de su hijo le determinó definitivamente, y le confirmó su esta resolucion su misma esposa. Desde entonces vivieron ambos en la continencia, practicando con santa emulacion todos los ejercicios de la vida religiosa. El retiro de San Paulino suscitó contra él á toda la nobleza romana, y especialmente á los paganos, que manifestaron su despecho por medio de sarcasmos é invectivas; pero llenó de admiracion y de alegría á todos los cristianos. Asistiendo Paulino un dia de Natividad á los oficios en la iglesia de Barcelona, á donde se habia retirado despues que se bautizó, de repente se apoderó el pueblo de él y le presentó al obispo para que le

ordenase de presbítero. Resistióse Paulino con todas sus fuerzas; pero tuvo que condescender. Sin embargo, no consintió en ordenarse sino con la condición de no quedar agregado á la Iglesia de Barcelona, porque tenia determinado vivir en Nola, en Italia, junto al sepulcro de San Félix, que se habia distinguido por sus numerosos milagros. Este es uno de los primeros ejemplos de un sacerdote ordenado sin estar asignado á ninguna Iglesia. Vendió entonces San Paulino sus inmensas fincas, cuyo importe empleó en alimentar y vestir á los pobres, rescatar cautivos y pagar las deudas de infinidad de familias desgraciadas. Partió en seguida para Italia, y visitó á San Ambrosio, que en vano se esforzó para detenerle é incluirle en su clero. No fué muy bien recibido en Roma por el Papa Siricio, que acaso no aprobó que le hubieran ordenado de sacerdote siendo aún neófito, y sin haber pasado por los órdenes inferiores. Por fin, se retiró á Nola, en donde se redujo á vivir del trabajo de sus manos. Era el año 394, y tenia cerca de cuarenta de edad. No tardó en reunir varios discípulos que formaron un monasterio en su casa y bajo su dirección. Luego veremos cómo brillaron sus virtudes con nuevo esplendor en la silla episcopal de Nola.

No menos edificaban á la Iglesia con sus virtudes y afanos apostólicos una multitud de ilustres y santos doctores. Era tan brillante y habia cundido tanto la fama de San Ambrosio en las mas distantes regiones, que fueron á Milán dos doctores persas solamente para conocerle. Llevaban dispuesta una serie de cuestiones, y sobre ellas conferenciaron con el santo prelado por medio de intérpretes desde la mañana hasta las nueve de la noche. De esta conferencia salieron muy admirados. Al dia siguiente partieron de Milán, y despues de visitar en Roma al prefecto Probo, volvieron á su país. Paulino, secretario de San Ambrosio, refiere que comiendo un dia el conde Arbogasto con varios reyes francos, le preguntó uno de ellos si conocia á San Ambrosio; y como respondiese aquel: "No solo le conozco, sino que soy amigo suyo y como con frecuencia á su mesa." repuso el rey franco: "Pues ya no me admiro de vuestras victorias, siendo amigo de ese hombre extraordinario que tanto poder tiene con Dios." Fritigila, reina de los mareomanos, abrazó el cristianismo solo por la relacion que le hizo un cristiano de las virtudes y milagros del santo obispo: envió á Milán una embajada con presentes para la iglesia, y solicitó de San Ambrosio una instruccion de la fé cristiana por escrito. No ha llegado á nosotros la respuesta del santo doctor. Fritigila persuadió al rey su esposo que se aliase con el emperador de Occidente, y luego fué á Milán para ver á San Ambrosio; pero tuvo el disgusto de llegar cuando ya no vivia.

Por aquellos tiempos descubrió este santo prelado los cuerpos de los dos mártires San Nazario y San Celso, que se cree padecieron bajo el imperio de Nerón. Estaban tan perfectamente conservados, que



S^T. AMBROSIO, OBISPO DE MILAN



parecia que en el mismo dia se habia derramado su sangre, y se pudo recoger con lienzo y yeso para distribuirla á las demas iglesias, porque no se habia introducido aún la costumbre de partir los cuerpos de los mártires. Fueron colocados ambos con gran pompa en la basilica de los santos apóstoles. Envió San Ambrosio reliquias de estos santos á San Paulino y á San Gaudencio, obispo de Brescia. Este último, de quien nos quedan diez y siete sermones, habia sido elegido obispo durante su peregrinacion á Jerusalem; y como jurase el pueblo que no admitiria á otro, San Ambrosio le obligó á volver, pena de excomunion, y le consagró él mismo.

Habiendo vacado la silla de Vercelli, ocurrieron en esta Iglesia algunas disensiones que por mucho tiempo retardaron la eleccion de obispo. San Ambrosio, en calidad de metropolitano, escribió una extensa carta al clero y á los fieles para exhortarlos á la union, y para aconsejarles segun las circunstancias lo requieran. Pero esta carta no produjo ningun efecto, y se vió precisado á pasar en persona á Vercelli, donde procuró con su diligencia la eleccion de San Honorato.

No hay términos con que poder comparar las precauciones que la solicitud pastoral de San Ambrosio tomaba para dar á la Iglesia ministros dignos. En el tratado que compuso sobre los deberes del clero, nos enseña que un traje poco decente ó una afectacion en el modo de andar, era para él un motivo de exclusion. Aplicó esta regla á un amigo suyo, á quien no quiso admitir á las órdenes no obstante sus instancias, porque notaba cierto aire de altanería en sus ademanes. A un clérigo le prohibió andar delante de él porque le repugnaban sus modales singulares. El resultado justificó la instintiva aversion del santo prelado: el primero de estos sugetos apostató durante la persecucion de los arrianos, y el otro con motivo de una causa de interés en la que no queria tener á los obispos por jueces.

Manifestaba San Ambrosio el mayor celo para defender los derechos y privilegios de las iglesias, cuando mediaba la caridad ó la justicia; pero no dudaba sacrificarlos por la edificacion y el bien de la paz. Habiéndose refugiado en la iglesia un reo condenado á ser devorado por las fieras, el santo obispo, con su clero, hizo todos los esfuerzos posibles para librarle de los soldados que el conde Stilicon habia enviado á sacarlo de allí. Inútiles fueron todas sus representaciones; pero como hubiesen sido heridos varios soldados por las fieras al tiempo que introducian al reo en el anfiteatro, Stilicon, admirado de esta ocurrencia, se arrepiñó de haber forzado el asilo de la casa de Dios, y pidió perdon de ello. San Ambrosio se resistió muchas veces á las órdenes del emperador para sacar los depósitos que se habian confiado á la Iglesia, y excitó al obispo de Pavia á que opusiese la misma resistencia á semejante orden. Otro obispo llamado Marcelo donó una tierra á su hermana, viuda, con